

El editor en la era del cyber
Antonio Gómez Rufo
Revista Leer. septiembre, 2002

La última semana de junio se reunieron los editores en Bilbao para debatir algunos de sus problemas y la conclusión fue la dimisión en pleno de la Junta Directiva del Gremio en protesta por las medidas liberalizadoras del Gobierno en lo referente al fin del precio fijo del libro. Esto es, hablaron de dinero, de negocio, de beneficios y de rentabilidades, como corresponde a su condición de empresarios. Y hablaron del presente: de lo inmediato, de la cuenta de resultados de sus negocios en este año, y en el próximo, y en el siguiente. Que Atxaga les hablara al final de Literatura no fue sino la anécdota, el aspecto lúdico, el circo: un entretenimiento de salón para unos congresistas agotados, deseosos de volver a sus casas y a sus cosas.

Debatieron de lo inmediato, y tal vez hicieron bien: les afectaba de manera gravísima la decisión gubernamental. Pero, aunque rondaba por la cabeza de todos la realidad que habían conocido en ferias y reuniones anteriores (Buenos Aires, Londres, Chicago, Madrid...), no entraron a valorar el verdadero futuro del editor con la irrupción en la sociedad de los avances tecnológicos y la presencia de internet en el mundo del libro. Simplemente, no les pareció el momento de abrir el debate, supongo. En Bilbao, digámoslo de una vez, no se abrió un debate que ya está abierto en todo el mundo y en el que a muchos de ellos (y de nosotros, los escritores) nos va el futuro.

En fin, no se habló de un problema que va a afectarnos a todos; de un problema nuevo surgido de un mundo nuevo que ha descubierto un nuevo modo de concebir el mundo de la transmisión de las obras de creación literaria, de "los avestruces", como diría Atxaga. Pero que, como siempre, a unos afectará más y a otros menos.

La realidad inmediata es que los libros ya pueden leerse en la red informática (y pronto habrá en ella millones de obras), que a los autores nos están comprando ya los derechos digitales de nuestras novelas y que el libro, como tal, tiene un tiempo de vida limitado. Durante unos años, tal vez unas décadas, coexistirá el libro tal y como hoy lo conocemos con las obras literarias "colgadas" en la red. Entre tanto, se probarán nuevos inventos: existirán libros "a la carta" (fabricados en el momento de la compra, en la propia librería), e-books o libros electrónicos (una especie de consola en donde cabrán mil o diez mil libros distintos) y otras fórmulas de transición, entre las que ya conocemos los libros vendidos en la red (el de S. King vendió el primer día 400.000 ejemplares) y los que algunos autores regalan en sus páginas web. Pero que la coexistencia se mantenga durante algunos años se deberá a que aún seremos muchos quienes querremos disponer del objeto-libro para leer, miles quienes seremos incapaces de leer en una pantalla y millones a los que nuestra formación cultural nos impedirá adaptarnos a lo nuevo, aunque sepamos que ello ahorraría miles de árboles talados y sería beneficioso para el ecosistema del planeta.

Pero no sucederá así con nuestros hijos, y desde luego no ocurrirá con nuestros nietos. El universo audiovisual estará tan presente en sus vidas que el objeto-libro será una reliquia de anticuario y de coleccionista. Ante esta realidad, quienes peor parecen tenerlo son las empresas de distribución. Si no hay que distribuir libros, se acabaron los profesionales del maletín y la camioneta. Por otra parte, los libreros tendrán que adaptarse o resignarse a desaparecer; a convertir sus librerías en galerías de portadas de novedades y estanterías con fondos "raros" o a cambiar de negocio. Si el fin del precio fijo puede suponer la desaparición de 1.500 o 2.000 librerías españolas, la red informática será el fin de decenas de miles en el mundo.

A los autores, ¿quién sabe cómo nos afectará? ¿Acaso interesa la literatura a alguien más que a esos sesenta mil españoles que, según las estadísticas, leen uno o más libros al mes y a los empresarios que hacen negocio con ella: los editores? ¿Interesará la literatura a los navegantes de la red informática? ¿Les interesa ya a nuestros hijos? Soy muy pesimista: escribir no es una profesión; ni siquiera un oficio o una vocación. Escribir es una necesidad (leer a Rilke en su Carta a un joven) y por eso escribimos. Quienes hoy lo hacen por dinero, oportunismo o popularidad no tendrán futuro, aunque hoy aún exista una corriente entre muchos editores que apuesta por esa vía fácil de cuadrar su cuenta de resultados.

Pero el verdadero problema de los editores, en el futuro, va a ser el mantenimiento de su empresa frente a la competencia del negocio informático. Algunos ya se están dando cuenta y parecen optar por fusiones menores (se habla de Planeta y Plaza & Janés por un lado, y de Santillana y Ediciones B por otro). Otros, los verdaderamente poderosos, se llegarán a fusionar con cualquiera, y así no sería sorprendente (lo pongo a modo de ejemplo, pero no inverosímil) un futuro en el que la Universal (cine), la General Motors (coches), la Virgin-Warner (música), Endesa (minería), Telefónica (telecomunicaciones) y Bertelsmann (libros) formasen junto a un gran Banco un holding financiero para entrar en la red informática con el negocio que se mueva en torno a la literatura. El futuro está dibujado por el fin del editor tradicional y el nacimiento del megaeditor, que sabrá de todo menos de literatura, de "avestruces".

Quienes permanezcan al margen de esos verdaderos monstruos, que serán muy capaces de vender libros como canicas en un Todo a cien y que estarán probablemente dispuestos a obligarnos a escribir al dictado ("la era de la censura universal", quiero llamarla mientras se me eriza la piel, horrorizado), tendrán un mercado doméstico que se irá reduciendo hasta lo insoportable económicamente. Y hará falta mucho rearme ético en los autores y mucha convicción ideológica para rechazar ofertas multimillonarias para que los grandes poderes "cuelguen" nuestras obras en la red.

El editor se asusta del fin del precio fijo porque favorece a las grandes superficies, pero aún no ha tomado una decisión para defenderse del futuro, tal vez porque sepa que es inevitable o porque esté esperando el momento de incorporarse a uno de los grandes grupos que ya se están formando en otros campos (la música, por ejemplo, lleva dos años de ventaja al mundo del libro).

En todo caso, la reconversión editorial (la modernización, lo llama el neoliberalismo) será imprescindible a corto plazo y las dudas que ahora tenemos todos es si así aumentará el número de lectores, si se facilitará en engrandecimiento del universo fantástico que proponemos los autores como fruto de nuestro trabajo e ingenio o, solamente, representará en enriquecimiento de unos pocos empresarios en la era de Cyber. Y la consiguiente ruina de los editores de siempre, "los expertos en avestruces", en Literatura.

El futuro, está dicho, no tiene vuelta atrás.